



www.senado2010.gob.mx

www.juridicas.unam.mx

COMENTARIO FINAL

Antes de dar por concluido este intento de divulgación de la obra del modesto cura de Jalostotitlán, o bien del precursor de tantos aspectos del pensamiento social, económico y político de México, brevemente quiero referirme, a otro aspecto en el que el director del *Despertador Americano*, puede ser considerado también como un precursor.

Efectivamente, como se ha hecho público y de conocimiento general, el gran escritor político francés Alexis de Tocqueville, en su clásica obra *La Democracia en América*, con un verdadero poder de vidente, planteó en el año de 1835, el papel que un día, desempeñarían en el mundo, Rusia y los Estados Unidos de Norteamérica en franca oposición de ideales, aspiraciones y tendencias políticas.

En la “Conclusión” con que Tocqueville, remata *La Democracia en América*, trata el magistrado francés de formular un solo punto de vista, respecto del futuro de los Estados Unidos de Norteamérica y afirma que el territorio ocupado o poseído por esta nación forma con corta diferencia la vigésima parte de las tierras habitadas; por lo que, por muy extensos que sean esos límites, no se llevaría razón en creer que la casta angloamericana se encerraría siempre en ellos; y ya ella se extiende mucho más allá.

Y, verdadera profecía, auguró que comoquiera que más allá de las fronteras de la Unión Americana se extienden, por el lado de México, vastas provincias que aún carecen de habitantes, “los hombres de los Estados Unidos, penetrarán en esas soledades, antes que aquellos mismos que tienen derecho a ocuparlas. . .”

Y, más aún, “se apropiarán de esas tierras, se establecerán en sociedad y las harán suyas, como está sucediendo en Texas. . .”

Pero, además de este augurio, realizado, desgraciadamente, en perjuicio de nosotros los mexicanos, Tocqueville prolongó sus miradas de analista de la política, más allá de nuestro Continente. En efecto, afirmó que lo cierto era que la casta inglesa había adquirido un inmenso predominio sobre las demás castas europeas del Nuevo

Mundo, y les era superior en civilización, en industria y en poderío.

La población crecía en esa nación vertiginosamente, se duplica cada veintidós años.

Así pues, agrega Tocqueville, no se ha de creer que sea posible atajar el vuelo de la casta inglesa del Nuevo Mundo. Así, en medio de la incertidumbre del porvenir, existía, por lo menos, un acontecimiento: "En una época que podemos decir próxima, puesto que se trata aquí de la vida de los pueblos, los angloamericanos solos cubrirán todo el inmenso espacio comprendido entre los polos glaciales y los trópicos; se esparcirán desde las playas del Océano Atlántico, hasta las riberas del mar Sud".²⁹⁵

Por otra parte, llegará el día en que se pondrán en la América del Norte, ciento cincuenta millones de hombres, iguales entre sí, pertenecientes todos a la misma familia, con el mismo punto de partida, la misma civilización, la misma lengua, la misma religión, los mismos hábitos, las mismas costumbres, circulando por en medio de ellos el pensamiento, bajo la misma forma y pintándose con los mismos colores. Todo lo demás, es dudoso; pero, esto es cierto.

Pero, desde otro punto de vista, el juicio certero de Tocqueville, comenta:

Ahora bien, he aquí un hecho enteramente nuevo en el mundo, y cuyo alcance no puede percibir la misma imaginación. En la tierra hay actualmente dos pueblos grandes, que partidos de diferentes puntos, parecen avanzar hacia el mismo blanco: tales son los Rusos y los Anglo-Americanos.

Ambos dos han crecido en la oscuridad; y mientras que las miradas de los hombres estaban ocupadas en otra parte, se colocaron de golpe en la primera fila de las naciones, y el mundo ha sabido casi al mismo tiempo su nacimiento y su grandeza.

Todos los demás pueblos han alcanzado, al parecer, poco más o menos, los límites señalados por la naturaleza, sin tener que hacer otra cosa que ir conservando; pero, aquellos medran, y todos los otros están detenidos o no adelantan sino con mil afares; aquellos sólo caminan con un paso desembarazado y rápido en una carrera cuyo linde no puede aún divisar la vista.

El Americano lucha contra los obstáculos que le opone la naturaleza; el Ruso las tiene con los hombres; aquél combate el desierto y la barbarie; éste la civilización revestida de todas sus armas.

²⁹⁵ Alexis de Tocqueville, *La Democracia en América del Norte* (traducción al español de D. A. Sánchez de Bustamante), París, 1837, tomo II, p. 484.

Así es que las conquistas del Americano se hacen con la reja del arado del labrador, y las del Ruso con la espada del soldado.

Para alcanzar su intento, el primero se reposa en el interés personal, y deja obrar, sin dirigirlas, la fuerza y la razón de los individuos; y el segundo reconcentra, por decirlo así, en un hombre, toda la potestad de la sociedad.

El uno tiene como principal medio la acción, la libertad, y el otro, la servidumbre.

*Su punto de partida es diferente, sus caminos son diversos; cada uno de ellos empero parece llamado por un designio secreto de la Providencia, a asir algún día, el destino de la mitad del mundo.*²⁹⁶

Después de su infausta profecía sobre la pérdida de una gran parte de nuestro territorio, Tocqueville anticipó, con visión de iluminado, hechos y acontecimientos, que a los contemporáneos nos ha correspondido asistir y comprobar. Pero, al parecer, la visión más notable de Tocqueville, fue la estimación social y política del auge del pueblo ruso y la forma como su desarrollo debería poner en guardia no sólo a los norteamericanos, sino a todos los pueblos europeos, en especial a Alemania.

Don Francisco Severo Maldonado escribió —o al menos, publicó— sus obras en 1822, es decir, más de diez años antes de la aparición de la Democracia en América (1835) y, al igual que el francés aristócrata, el cura de pueblo, atisbó el crecimiento y poderío del pueblo ruso y los peligros que representaba para la Europa, como él decía.

En muchos, o por lo menos en numerosos, pasajes de sus obras se refiere a esta cuestión —directa o indirectamente—, y, para no hacer más fatigosas estas páginas, únicamente me referiré a dos:

En primer lugar, al comentar —o glosar— un trabajo de *Pradt* sobre los principios de la organización social, con motivo del Congreso de Carlsbad, dice:

... La Alemania moral, según Mr. Pradt, es el único objeto de las solicitudes del Congreso, en la segunda parte de su destino. Veamos cuál es aquel país. . .

... Está muy dividido, cargado de soberanías de toda especie y de todo precio. *El aspecto de la Rusia que está frente por fren-*

²⁹⁶ Alexis de Tocqueville, ob. cit., tomo II, pp. 487-488.

te, le espanta. Ha menester inmensos ejércitos, primero contra Rusia, y, además, de potencia a potencia; dos manantiales de ruina. . . ²⁹⁷

Por otra parte, en sus comentarios y rectificaciones al *Contrato Social* de Juan Jacobo, hace las siguientes glosas:

El horror del pasado hace veces de olvido; y abrasado el Estado por las guerras civiles, renace en cierto modo, de sus cenizas, y recobra el vigor de la juventud, saliendo de los brazos de la muerte. Así lo experimentó Esparta en los tiempos de Licurgo, Roma, después de los Tarquinos y, entre otros, la Holanda, y la Suiza, después de la expulsión de los tiranos. . .

. . . Pero, estos acontecimientos son raros y se deben mirar como excepciones, que son siempre efecto de la constitución particular de los estados en que suceden, y que nunca se verifica por dos veces en un mismo pueblo; porque este podrá hacerse libre, mientras que solamente sea bárbaro, pero ya no puede recobrar la libertad, una vez que el resorte civil esté gastado. . .

. . . Las naciones, lo mismo que los hombres, tienen un tiempo de madurez, que es necesario esperar antes de sujetarlas a leyes; pero, la madurez de un pueblo no se conoce fácilmente, y si se le anticipa, queda frustrada la obra. Hay pueblo que se puede disciplinar en su nacimiento, y otro, no se halla en dicho estado, al cabo de diez siglos. . .

. . . Los rusos nunca serán verdaderamente civilizados, porque lo han sido demasiado pronto. Pedro el Grande tenía un gran talento imitador; pero carecía de aquel genio creador que lo hace todo de la nada. Eran buenas algunas cosas que hizo; pero, la mayor parte venían fuera de tiempo: Vio que su pueblo era bárbaro, no conoció que aún no estaba bastante maduro para la civilización y quiso civilizarse, cuando era menester aguerirlo. Quiso de un golpe formar alemanes, e ingleses, debiendo empezar por hacer rusos; y estorbó que sus vasallos llegasen a ser lo que no son; semejante a un preceptor francés, que educa a su discípulo, para que brille por un momento en su infancia, y para no ser nada después. . .

. . . *El Imperio de Rusia querrá dominar a toda la Europa y, quedará sojuzgado él mismo; los bárbaros, que le están ahora sujetos, o son, sus vecinos, llegarán a ser dueños suyos y de la Europa. Esta revolución me parece indefectible. Todos los reyes de Europa, trabajan de concierto para acelerarla. . .* ²⁹⁸

²⁹⁷ Francisco Severo Maldonado, ob. cit., tomo I, pp. 78 y 79.

²⁹⁸ Francisco Severo Maldonado, ob. cit., tomo I, pp. 204 y 205.

Con todas las reservas posibles —por provenir este juicio de mí, debo aclarar—, tengo la opinión de que Maldonado, al igual que Tocqueville, pero con diez años de anticipación, se dio cuenta, como sagaz observador de la realidad social y política, de la enorme fuerza y pujanza que iba adquiriendo Rusia y de sus aspiraciones, de acuerdo con los rasgos propios de psicología colectiva, y, con muy clara visión, previó la actitud de conquista de este pueblo, que, al correr del tiempo, si no durante el gobierno de los zares, en que la nación no había alcanzado su madurez, sí una vez realizada la Revolución, ha llevado a la práctica, al asociar a sus designios, una serie de pueblos, en calidad de satélites políticos, y continúan tenazmente su política de expansión ideológica y territorial.

Y, aún más, parece cumplirse otro de sus juicios: los rusos han quedado sojuzgados a sí mismos; el papel que Maldonado atribuyó a los tártaros lo ha desempeñado el partido bolchevique, el partido triunfante, que ha subordinado a todo el inmenso territorio, de la nación, así como las conciencias de todos los habitantes, de la URSS. Así pues, tal parece que las dos profecías del modesto teólogo jalisciense; o bien, si se quiere las dos anticipaciones del futuro, simplemente, se han cumplido.

Cierto es, se me podrá objetar, que es muy forzado, o implica al parecer un patriotismo auténtico, al comparar a los dos personajes. Se dirá que Tocqueville era un aristócrata por su linaje y pensamiento, considerado por Dilthey, como la tercera cabeza entre los analistas del mundo político, después de Aristóteles, y Maquiavelo.

“La tercera cabeza entre los historiadores de la época de Ranke, es Tocqueville. Representa, entre ellos, al analítico y, después de Aristóteles y Maquiavelo, es el *más grande* de todos los analizadores del mundo político.”²⁹⁷

Todo esto es cierto y la venerable figura del gran escritor francés merece todos los elogios y devociones posibles pero, el mérito del mexicano, que no fue ni marqués, ni aristócrata, ni vivió en la Corte de Francia y, tampoco tuvo la oportunidad de viajar a Italia, Inglaterra y los Estados Unidos de Norteamérica, y que, únicamente vivió rodeado de sus libros y animado por una poderosa y penetrante inteligencia, en la ciudad de Guadalajara, de la Nueva España y en los humildes curatos de Ixtlán, Mascota y Jalostotitlán,

²⁹⁷ Dilthey, *El mundo histórico*, traducción, prólogo y notas de Eugenio Imaz, Fondo de Cultura Económica, México, 1944, p. 116.

del Estado de Jalisco. Pero, estando de acuerdo en guardar —como lo exige la realidad— las proporciones y las distancias necesarias, es necesario reconocer la coincidencia de juicios entre ambos personajes, tan diferentes y tan distantes, en el tiempo y en el espacio, circunstancia que, unida a otras, también de gran importancia, vinculan aún más a Tocqueville con el pensamiento político mexicano.

Por otra parte, la anticipación del juicio de Maldonado sobre Rusia y su futuro papel en los acontecimientos mundiales, semejante —aún cuando quizá inferior— a la Tocqueville, pone de manifiesto que éste era, a su vez, un profundo analista del mundo político y un observador penetrante de los fenómenos políticos y sociales, de tal manera que, como lo he dicho, bien merece el título de *precursor* de la historia política, de la sociología política y de los rasgos característicos de los grandes problemas nacionales de su patria, los que enjuició con riguroso criterio científico y, sobre todo, con gran imaginación creadora, que lo llevó en sus intentos de corregir situaciones y enmendar yerros, a excederse en sus concepciones y conferirles un talante utópico, indudable.

Don Jesús Silva Herzog llamó a Maldonado *socialista agrario*; otros comentaristas lo han comparado con Fourier, cuyas obras sin duda no conoció; y don Andrés Molina Enríquez lo designó con el título de *primer iniciador de las reformas agrarias en nuestro país*.

Por mi parte, teniendo en cuenta la totalidad de su obra y la amplitud y generosidad realista de sus enjuiciamientos de los grandes problemas nacionales, que señaló con precisión de vidente y de estadista, he preferido llamarlo y así rotulo esta obra: *Francisco Severo Maldonado. El precursor*.

México, D. F., 8 de diciembre de 1977, festividad de la Inmaculada Concepción.